

Ahora, en forma mucho más completa, sistemática y crítica, surge este importante trabajo colectivo, redactado finalmente para darle mayor cohesión por Mariano González Mangada.

La intención es clara, aunque difícil: hacer una "lectura común de la realidad para nuestra área de militantes obreros cristianos". Mejor dicho: "poseer un análisis lo más completo posible de la sociedad española".

Yo siempre he pensado que la transformación política, social y económica que muchos anhelamos, primero en un programa realista a corto y medio plazo, y después en un plan democrático que intente, contando con el asenso libre del país, llegar a una sociedad radicalmente más justa, más humana y más satisfactoria, no puede tener éxito si no se parte de la realidad. Pero de una realidad analizada en extensión y en profundidad, y con radicalidad: yendo a la raíz de las cosas, como pedía Marx en el siglo pasado (y con su ejemplo demostró que esto era posible), y como más recientemente —y dirigido por distinta motivación— pedía nuestro filósofo —hoy demasiado preterido— Ortega y Gasset.

El libro, de apretada confección, intenta hacer un primer desbroce en profundidad de este anhelo, buscando la manera de conocer auténticamente la realidad española, sin caer en dilematismos al uso.

Los autores han trabajado en dos líneas de reflexión, de estudio y análisis: el teórico y el práctico. Sin embargo, la obra actual solamente recoge el análisis, y deja para más adelante la publicación del método de análisis. Sin embargo, al final se complementa el libro con un resumen de los conceptos básicos utilizados, como avance al segundo libro más teórico que piensan editar.

La influencia del análisis marxista se aprecia en el trabajo. Pero yo me pregunto si en España se ha preocupado alguien especializado por enseñar un método de análisis diferente y que tenga visos de eficacia. Por eso creo que, en último término, es válido el camino emprendido y ha dado un evidente resultado efectivo digno de alabanza.

Este desarrollo analítico es

imprescindible para conseguir partir de esas bases mínimas de conocimiento de la realidad del país, sobre las cuales construir el futuro de una manera más satisfactoria.

El error ha sido muchas veces creer que el simple activismo lo resolvía todo. Pero sin saber, sin conocer a fondo la realidad, la acción nunca puede conducir a un final eficaz. Por eso creo que ésta es una importante contribución al futuro del país, hoy tan envuelto en brumas por haber olvidado este conocimiento previo,

sin el cual el cambio es una confusión hecha a palos de ciego. ■
E. MIRET MAGDALENA.

Apologías de la negritud

Más de diez años han pasado desde la publicación en USA de "Black music", colección de ensayos críticos de LeRoi Jones sobre el "jazz", cuya versión en castellano presenta ahora Editorial Júcar (1). La corrosiva ac-

(1) LeRoi Jones: Música negra (Col. Los Juglares. Ed. Júcar).

ción del tiempo (algunos de los textos incluidos datan de 1959) ha convertido esta antología del poeta y dramaturgo negro en un fascinante documento histórico de una de las más bulliciosas convulsiones sociales de los sesenta, la lucha de los negros americanos por sus derechos y su dignidad como pueblo, vista desde las trincheras del "jazz" de vanguardia.

Han cambiado demasiadas cosas en el panorama político de USA, en la actitud de la minoría negra entre los rebeldes del

ADIOS A LAS LETRAS

CATULO

Circula por ahí este verano polémico y olvidable —cuántos veranos hemos de olvidar para recordar el único verano de nuestra vida— un libro que no debe perderse, porque refresca y atormenta a la vez, como las olas. No voy a hacerle la crítica, que para eso hay aquí mismo otras voces.

Hablo de Catulo, de Luis Antonio de Villena. Uno se imagina a Villena, tan apuesto y blanco como Proust, traduciendo a los poetas irlandeses del siglo pasado, o haciendo versiones de actuales vates tailandeses. Pero hete aquí que se nos aparece con una traducción puntual, profunda y actual —con lenguaje actual— del gran poeta latino.

Así, pues, no habrá que imaginarse a Villena, a partir de ahora, como un Proust nostálgico caminando sin ganas por la playa de Cabourg, buscando a Toulouse-Lautrec para pasear por Montmartre o tratando de encontrar a Keats para charlar de los griegos.

Villena deja de tener esa imagen para aparecernos, en alguna terraza madrileña, sin abandonar su atuendo romántico, hablando del gran romántico Catulo con el poeta Francisco Brines, que por cierto tiene esa frente bronceada y romana que da la pertenencia al Mediterráneo, un mar por el que sentimos devoción yo y el fuego, a pesar de mi querencia caribeña.

Catulo sale a pasear, con Villena, por una atmósfera que no le es ajena, porque el poeta español —su antólogo— lo sitúa entre nosotros como si no hubiera muerto. Las antologías reviven a los muertos, cuando son hechas con la generosidad de quien los estima vivos. Y perdonen ustedes el llo schopenhaueriano.

En una época tan dada a exaltar las posibilidades de diversión que da la vida de las grandes ciudades, hay un capítulo de esta obra sobre y de Catulo que conviene apreciar. Luis Antonio de Villena, que tiene el gusto de los poetas por el pasado, nos lleva a la Roma de Catulo y nos hace penetrar en ella, entrar en sus prostíbulos, asistir a las galas convocadas por los gobernadores, solazarnos entre ramos interminables de uvas frescas, que uno degusta con Catulo, bajo la presencia



Luis Antonio de Villena.

vigilante, pero permisiva, del antólogo. Una excursión retrospectiva de este carácter debe ser apreciada por los lectores como un doble favor: como una lección de historia y como una incitación a la lascivia, dos ejercicios que se deben practicar a menudo para tener un verdadero contacto con el mundo contemporáneo. No hay que leer TRIUNFO, ni "El País", ni "Alicia en el país de las maravillas", ni "Dar", de mi querido Michel Quoist, sino estos trozos de historia pasada para saber qué está ocurriendo, qué debe ocurrir, con nuestras adolescentes vidas de seres del siglo XX.

Y luego, claro, los versos, tersos como la espuma del Tiber. Catulo era un poeta inconmensurable que nos lo han mantenido en secreto, mientras nos obligaban a beber de Horacio o de Jorge Luis Borges. Quien toca a Catulo toca a un hombre, podía decirse al final de la lectura de sus relatos sobre los gorriones de Lesbía. Quien toca a Catulo también toca esos gorriones como si estuvieran vivos, ahora, o a punto de ser asesinados por un pastor protestante de la Gran Bretaña. Compen el libro y tendrán un gorrion en las manos. ■ SILVESTRE CODAC.